

LA HOSPITALIDAD COMO IMPERATIVO. EL OTRO COMO DON

Francesc Torralba Universitat Ramon Llull (Barcelona)

Real Academia Europea de Doctores

1. El ejercicio de la hospitalidad, un valor universal

Las sociedades occidentales han dejado de ser, desde hace ya cierto tiempo, espacios monoculturales, monoétnicos y monolingüísticos y están siendo escenarios de la pluralidad. De hecho, a juzgar por la historia, nunca han sido espacios estrictamente homogéneos, ya que nuestra sociedad ha sido durante siglos tierra de paso, lugar de acogida. No obstante, en la actualidad, el reto de la diferencia se plantea en su radicalidad más plena.

La diferencia no se plantea como algo vergonzoso, como un rasgo que tiene que ser disimulado, sino todo lo contrario, como riqueza, como un factor positivo, como un elemento de fecundidad. No es algo que alcanza a algunos miembros de la sociedad, sino que es un *factum* de la vida social, cultural, política, religiosa y moral.

Nuestras sociedades han dejado de ser espacios de la uniformidad para convertirse, conscientemente, en espacios de la diferencia. Esta transición no se puede contemplar negativamente, sino positivamente, aunque plantea algunos problemas de difícil solución.

Una trama de actores sociales, procedentes de lugares y de universos simbólicos y culturales muy diversos, comparte el mismo escenario público y esto plantea nuevos retos, pero también retos problemáticos que tenemos que saber enmarcar dentro de los valores del humanismo. Hará falta reinventar el humanismo y someterlo a un análisis crítico que, demasiado a menudo, se ha convertido en un andamio intelectual al ser- vicio del etnocentrismo y de la intolerancia.

Del humanismo excluyente y eurocéntrico, propio de algunos hitos del pensamiento occidental, habrá que transitar hacia el humanismo "del otro hombre", en palabras de Emmanuel Levinas, hacia un humanismo que reconozca a cualquier ser humano como persona, como alguien dotado de intrínseca dignidad, como alguien que tiene valor en sí mismo y que, como diría Immanuel Kant, no tiene precio y tiene que ser tratado, siempre y en cualquier circunstancia, como un fin en sí mismo y no sólo como instrumento.

El reto de la diferencia no afecta sólo a los que ejercen el poder de las instituciones públicas, sino a cualquier ciudadano, a cualquier actor social. De esto depende, en parte, el éxito o el fracaso de la cohesión social. Cada actor de la polis tiene que asumir el grado de responsabilidad que le corresponde y superar las dificultades –¡que serán muchas!– endógenas o exógenas que comporta la recepción del otro. La práctica de la hospitalidad no es una tarea fácil, pero de ello depende, en parte, el futuro bienestar de las sociedades occidentales y su calidad de existencia.

La óptima recepción del otro no depende, exclusivamente, de las condiciones económicas, sociales y laborales de la sociedad de acogida (aun- que tienen mucha importancia), sino del sistema axiológico vigente en esta misma sociedad. El sistema axiológico de una comunidad puede facilitar la recepción del otro extraño, pero también puede dificultarla en extremo.

¿Qué pirámide de valores tienen los ciudadanos de nuestro mundo? ¿Qué lugar ocupa la hospitalidad? ¿Hasta qué punto se siente como deber la acogida del otro extraño?

La acogida del otro extraño plantea graves interrogantes para la comunidad de acogida. ¿Tenemos que aceptar, de entrada, los valores, las actitudes, los procedimientos del huésped? ¿Los tenemos que aceptar incluso en caso de que pongan en cuestión los valores de la civilización de acogida?

He aquí una primera definición, susceptible de una significativa ampliación conceptual: La hospitalidad consiste en acoger al otro extraño y vulnerable en mi propia casa. No hay hospitalidad sin acogida, aunque la acogida pueda hacerse de maneras muy diferentes; esta admite una pluralidad de formas.

En el lenguaje cotidiano, decimos que alguien es hospitalario cuando ejerce la capacidad de acoger a otro ser humano en su círculo más íntimo, en el círculo de la privacidad. La auténtica hospitalidad se basa en el reconocimiento de la dignidad del otro.

La situación del otro huésped nos tendría que hacer pensar en los orígenes y las razones últimas de su vulnerable situación y en el grado de responsabilidad que tenemos los anfitriones en esta situación. La vulnerabilidad del otro puede adoptar formas muy variadas, tiene diversos orígenes, pero no podemos descartar la parte que nos corresponde de responsabilidad, directa o indirecta, en la generación de esta vulnerabilidad. La hospitalidad alcanza sus niveles más altos de perfección cuando coinciden la recta *intentio* y el *recto modo*. La recta intención es la que se basa en la dignidad del otro y el recto modo es el que se ejerce de una forma equitativa sin caer en ningún tipo de clasismo o elitismo. La acogida tiene que ser por definición universal, aunque evidentemente no siempre es posible. La casa de acogida es vulnerable y hay que preservar un cierto orden para que pueda cumplir la función de acogida que tiene encomendada.

La acogida requiere el respeto a la dignidad del otro, pero también el reconocimiento empático de sus necesidades. El otro, antes de ser acogido, aparece en el horizonte como *in-firmus*, como alguien vulnerable que necesita protección. La acogida se practica entre sujetos que no están situados de forma simétrica en el espacio y el tiempo. No se trata, pues, de una relación de equidad entre dos personas que sufren una experiencia igual, sino todo lo contrario.

La acogida se da en un terreno asimétrico. El huésped tiene necesidades y el anfitrión le acoge en su hogar para paliar, en la medida de lo posible, estas carencias. No obstante, el anfitrión, en tanto que ser humano, también sufre necesidades, pero él dispone de un hogar, de un ámbito de protección (también vulnerable) que se dispone a ofrecer al otro.

Podríamos definir la acogida como el preludio de la escucha. La buena acogida se manifiesta en el clima y en las actitudes que se crean entre las personas. Es una característica que pertenece a las cualidades personales, y sin ningún tipo de duda es una perfección. Cuando acogemos a alguien, damos hospitalidad a sus vivencias.

No se trata sólo de hacer un espacio en la casa, de darle cobijo y alimentación, sino de acoger sus vivencias, porque la identidad personal no se puede separar del conjunto de las vivencias, y si acogemos al sujeto físico pero no al mundo de sus vivencias, no se produce una auténtica acogida.

La acogida es una actitud que facilita los encuentros, una calidad que podemos

conquistar mediante un camino gradual de crecimiento humano. Consiste en una manera de ser, de establecer relaciones, de construir puentes. Nace de una experiencia positiva de nosotros mismos, vivida como don y como conquista del propio camino. Consiste en abrirse a los otros y en conocer la renuncia personal.

El huésped es un reto porque presenta, con sus palabras, un nuevo mundo, pero, en tanto que ser humano, es susceptible también de ser amado. Entre el huésped y el anfitrión nace un vínculo de afecto como consecuencia de la hospitalidad, un vínculo que hace al anfitrión mucho más vulnerable y dependiente de lo que ya era. Comunicación de afectos, intercambio de sentimientos, trasvase de experiencias y de ideas, encuentro de sensibilidades diferentes: todo esto sucede en la práctica de la hospitalidad.

La apertura hacia el otro extraño no representa sólo un cambio significativo en las estructuras mentales, sino también en las estructuras emotivas del ser humano. El amor nos hace más vulnerables y por eso tenemos miedo a amar, ya que en la medida en que amamos somos mucho más heterónomos de lo que querríamos. El anfitrión, a través de la práctica de la hospitalidad, se vincula afectivamente al huésped, establece una relación de cordialidad que puede perjudicar seriamente el corazón.

La acogida del otro no es un encuentro neutro, sino un encuentro en una circunstancia muy particular, en un contexto íntimo: el contexto de la casa.

El concepto de *misterio* se relaciona etimológicamente con la idea de lo escondido. Lo misterioso es lo escondido, lo que no se revela exteriormente, lo que permanece escondido tras las apariencias. En la realidad humana se puede detectar una dimensión exterior o fenoménica y una dimensión interior o nouménica. El exterior se refiere a lo visible, a lo que se percibe a través de los sentidos. Del otro comprendemos lo que vemos a través de los sentidos, pero el otro trasciende esta imagen mental que nos construimos a través de los datos de la sensibilidad.

La hospitalidad es, sobre todo, un movimiento de tipo visible en el que hay un desplazamiento de cuerpos, pero también un cierto movimiento invisible. El anfitrión sale al encuentro del huésped, se mueve hacia él para hacerle sitio en su hogar, y el huésped se desplaza hacia el interior de la casa. En la hospitalidad, el movimiento físico es el más irrelevante, ya que el verdadero movimiento es de tipo invisible. El anfitrión sale de sí mismo, del círculo de su ego, para buscar al otro, para hacerle un sitio en su mente. Más allá del espacio físico, la hospitalidad requiere un espacio mental.

La hospitalidad sólo es posible si el anfitrión deja de pensar en sí mismo y piensa en el otro. El anfitrión se mueve para paliar las necesidades del huésped y lo hace movido por la sensibilidad, por el sentimiento de solidaridad con la situación. Como en el caso de la libertad, la hospitalidad es una posibilidad humana, pero requiere una pedagogía para su plena efectividad.

La hospitalidad es, fundamentalmente, un movimiento de tipo sustancial. La recepción del otro extraño en casa no altera accidentalmente la vida del anfitrión, sino que la altera sustantivamente. Su vida deja de ser lo que era y se transforma su personalidad. Si la práctica de la hospitalidad se desarrolla auténticamente, si el anfitrión acoge integralmente al huésped, su naturaleza muta sustantivamente. El encuentro con el otro extraño no es un simple roce, sino un choque frontal que conmueve las estructuras de la identidad personal.

En la hospitalidad se produce un movimiento sustancial en un doble sentido, porque no sólo cambia la persona del anfitrión, sino también la del huésped. El

contacto entre ambos no lo podemos calificar como accidental, porque, a raíz del encuentro, el anfitrión descubre posibilidades de su ser y el huésped aprende a ver la existencia de otra manera. Si la hospitalidad se produce de manera que ambos protagonistas se pueden expresar con libertad, el encuentro resultante altera positivamente la identidad de ambos.

La hospitalidad consiste en dejar tiempo al otro, en dejar *espacio* para su expansión, en considerar su valor intrínseco. Requiere la discreción del yo y la voluntad explícita, por parte del anfitrión, de ocupar los márgenes. Es un valor intersubjetivo que se practica cuando se produce el encuentro entre el anfitrión y el huésped. El encuentro es la condición de posibilidad de la misma hospitalidad; no obstante, no toda forma de encuentro se puede calificar, sin más, de hospitalaria.

La hospitalidad es, en este sentido, una modalidad de encuentro en la que el otro extraño se transforma con el tiempo en el *tú* familiar. Esta *metanoia* no ocurre de forma inmediata, sino que requiere un proceso, una temporalidad, y además una espacialidad.

Para poder acoger adecuadamente al otro extraño es esencial aprender a *descifrar* el sentido de su presencia. El otro no se resuelve en la corporeidad, no se identifica, única y exclusivamente, con su presencia física.

El otro no es su cuerpo, pero se expresa y se comunica a través de este. En tanto que animal de interioridades, el ser humano no manifiesta todo aquello que está en el ámbito de la exterioridad, pero a través de lo que manifiesta de sí mismo es posible adentrarse en el núcleo de su personalidad. Este recorrido de la exterioridad no está exento de barreras, pero es la única manera de acercarse al otro.

Dicho de otra manera: a partir del análisis de sus gestos, de sus expresiones, palabras y gritos, de todas sus manifestaciones, es posible *descifrar* algunas dimensiones del universo de sentimientos que laten en el seno del otro. La presencia humana es, en sí misma, expresiva y revela aspectos de la personalidad que forman parte del lado oscuro de cada ser humano. En tanto que animal de intimidades, el ser humano tiene una dimensión social, pero también una dimensión privada. A través de sus manifestaciones comunica algo de su interioridad, pero siempre se produce una desproporción entre lo que manifiesta de sí y lo que en realidad es. En muchas circunstancias, ni él mismo sabe exactamente cuál es el secreto, el misterio. Con el fin de poder practicar auténticamente la hospitalidad, el anfitrión tiene que superar la imagen del otro, el tópico que esconde el verdadero rostro del otro. Sólo si es capaz de *deconstruir* esta imagen preestablecida podrá acercarse a la alteridad del otro.

El otro no se puede identificar con su imagen pública, aunque evidentemente la imagen expresa algo de lo que es, pero no necesariamente de una manera afín a lo que realmente es el otro. El anfitrión tiene que depurar la *imago alteris* para poder captar, con gravedad y radicalidad, el misterio del otro en tanto que otro. Para poder comprender al otro en sí mismo, tiene que expulsar de su mente esta imagen preconcebida y dejarse interpelar. Para poder recibir al otro, el anfitrión se tiene que vaciar, tiene que provocar un vacío en su interior. Se tiene que vaciar de sí mismo y de la imagen del otro que está fijada en su mente. Sólo si el anfitrión depura esta imagen podrá abrirse satisfactoriamente al otro, reconocerle y aceptarle.

La hospitalidad consiste en acoger al sujeto extraño y vulnerable. En este sentido, es una virtud que tiene mucho que ver con la compasión, con la solidaridad hacia los más vulnerables. De aquí se desprende que la sensibilidad social es intrínseca al valor

hospitalidad, ya que nos faculta para abrirnos a los sujetos más necesitados de nuestro entorno. Desde esta se abordan seriamente las dificultades sociales, pero se practica un diálogo con otras culturas extrañas a la propia.

El valor de la hospitalidad nos impulsa a acoger al otro vulnerable y curarle. El ser humano, vista su vulnerabilidad para desarrollarse y crecer, necesita ser acogido, necesita estructuras de acogida. Está hecho de tal naturaleza que necesita estructuras de acogida para desarrollarse, y la primera estructura de acogida es el seno materno, un espacio idóneo para su desarrollo durante un tiempo.

En la hospitalidad se pone en juego la capacidad de admirarnos, descentrando el propio yo para poner en el centro al otro y sus necesidades. La hospitalidad es la historia de un encuentro: hay alguien que permanece a la espera, abierto; y hay otro alguien que llega buscando refugio material y espiritual por un lapso de tiempo. En principio parecería que el uno, el huésped, es el desfavorecido, y el otro, el anfitrión, el proveedor, pero la auténtica hospitalidad se encamina hacia la desaparición del *tú* y el *yo* para hacer que aparezca el *nosotros*.

A través de la práctica de la hospitalidad, el otro es acogido en tanto que otro, pero queda incluido en el círculo personal. Es invitado a *entrar* en la casa, a compartir lo que hay en la casa, sujetos y objetos, a cruzar el umbral de la puerta que separa el *exterior* del *interior* íntimo. En este proceso de inclusión, el otro extraño y vulnerable no deja de ser lo que es, ni el anfitrión se desintegra personalmente.

El anfitrión que practica la hospitalidad sale de sí mismo hacia el encuentro con el otro y esta salida no disuelve su identidad, sino todo lo contrario, la expone y la enriquece significativamente con la presencia del otro huésped. Desde este punto de vista, la práctica de la hospitalidad no pone en situación precaria la identidad personal del anfitrión ni la identidad del hogar, sino que permite su *ex-posición* en el terreno de lo público y su ampliación a través del diálogo con el otro.

La hospitalidad implica estar a punto para el que llega y saber llegar con él. Con otras palabras: consolarle, ponerse en su mismo lugar. Salir a su encuentro y hacer el último trozo del camino hasta la casa. O ponerse en el umbral, los brazos extendidos, y acogerle en el interior del hogar. Esta espera es equivalente al silencio que contempla con paciencia y gozo un atardecer. A su paso, el huésped se detiene esperando al que está en el umbral de la casa. Reconoce al que le ha dispuesto más que su casa, su propio ser.

La raíz última de la hospitalidad se basa en la idea de la vulnerabilidad y de la extrañeza. La hospitalidad es una actividad que puede transformar las actitudes del huésped, pero también las del anfitrión; corrige la tendencia de nuestro espíritu a no hacer el mínimo esfuerzo por analizar nuestras percepciones, lo que nos hace incapaces de comprender lo que no es inmediato. La hospitalidad es una actividad que nos permite descubrir nuevas simpatías, se trata de una aventura por un territorio desconocido que exige una gama de actitudes a partir de la percepción, de la memoria, y de la imaginación. Si acogemos a los extranjeros y les tratamos como estereotipos, no revelamos ningún tipo de hospitalidad.

El encuentro con el otro extraño nos tiene que interrogar sobre nuestras propias categorías, tiene que corregir la tendencia a la simplificación y a la tópica descripción del otro. La hospitalidad ofrece la ocasión de enriquecer el propio mundo, de liberar el espíritu de los límites de la memoria personal. El encuentro con el otro extraño y vulnerable puede revitalizar la imaginación y animar al sujeto a aceptar riesgos.

La hospitalidad se puede convertir también en un ejercicio intelectual y una

experiencia afectiva. La esencia de la hospitalidad radica, finalmente, en rehusar la idea de que hay fronteras que no se pueden cruzar.

2. La difícil alteridad

Acoger supone la aceptación de una existencia diferente a la propia que se nos pone en frente para dejarle espacio en el propio territorio, que no es sólo geográfico, sino también mental y afectivo. Toda alteridad es, al mismo tiempo, inquietante porque nos abre un mundo desconocido, que empieza donde acabamos nosotros. Ante el otro incierto e ignoto, podemos reaccionar de maneras diferentes: ignorándolo, rechazándolo, o interesándonos por él hasta el punto de dejarle paso e ir hacia él.

En latín hay dos maneras para expresar este otro respecto de nosotros: *alius* y *alter*. Percibimos al otro como un *alius*, 'ajeno', cuando su presencia nos resulta incómoda o perturbadora, de manera que la sentimos como un estorbo que hay que evitar, o incluso como una amenaza que hay que exterminar. Cuando el otro nos es ajeno, proyectamos nuestros prejuicios y nuestros miedos, que son expresión del instinto de defensa ante lo que nos es desconocido. En tanto que ajeno, tememos que nos enajene, que nos prive o nos impida ser nosotros mismos si nos abrimos a quien nos perturba con su diferencia.

En cambio, cuando recibimos al extraño como mensajero de una diferencia que nos complementa, se convierte en el *alter* que nos descentra de nosotros mismos, una alteridad benéfica e incluso liberadora porquenos saca de nuestro solipsismo, del peligro de quedar encerrados en nuestra particular y limitada visión del mundo. El otro es portador de un mundo que me es desconocido y que tendré que aprender a conocer y aceptar.

Esta ambivalencia de la alteridad está presente también en el origen y la etimología del término *hostis*. En latín, *hostis* significa al mismo tiempo 'extranjero' y 'enemigo'. De aquí deriva la palabra *hospitem*, propiamente 'huésped', del que provienen términos como *hospicio*, *hospital*, *hotely*, por descontado, *hospitalidad*.

Los hospitales empezaron siendo hospicios para los peregrinos. Todo eso muestra las dificultades reales de relación que los humanos hemos tenido desde siempre con el desconocido y recién llegado. Y es que el otro pone de alguna manera en cuestión la propia identidad y eso es fuente de inquietud, pero también de crecimiento. Ryszard Kapuscinski, reportero de alteridades y escritor polaco, ha expresado que, si bien es cierto que al Otro le percibo como diferente, igual de diferente me ve él, y para él yo soy el Otro".

A lo largo de la historia de la humanidad, podemos distinguir tres etapas en el lento y progresivo encuentro con el otro, un recorrido que refleja tres actitudes en nuestro encuentro con el diferente:

a. La etapa o actitud tribal-aislacionista. Durante milenios, las comunidades humanas estuvieron encerradas en sus propios territorios. Sus referentes culturales y religiosos se gestaron como un todo completo y acabado al margen de los otros grupos. Cada grupo tenía su propio código y sus propios dioses que protegían de los otros dioses. En la mayoría de las culturas aborígenes, el nombre de la propia tribu coincide con el nombre del humano. Los que no pertenecen al propio grupo son, pues, considerados no humanos.

b. La etapa imperialista-colonialista. En un segundo periodo se pro- duce un

movimiento expansivo, donde se va hacia el otro no como huésped, sino como conquistador. Estamos ante una identidad invasora que se apodera de las otras para incluirlas en su mundo. El huésped se ha transformado en invasor.

c. La etapa pluralista. A partir de la segunda mitad del siglo XX, con la abolición de los regímenes colonialistas de África y Asia, con el desarrollo de la técnica y de los medios de comunicación, a lo que hay que añadir la liberalización del mercado, hemos entrado aceleradamente en la llamada *globalización* o *mundialización*. El otro que antes estaba lejos ahora está en nuestras calles. Esto nos lleva a un aprendizaje de la reciprocidad, donde somos huéspedes y anfitriones los unos de los otros.

Estas tres etapas no son sucesivas, sino que conviven en cada uno de nosotros y también en las culturas y en las comunidades religiosas. En la mentalidad tribal, el otro es negado; en la mentalidad imperialista, el otro es absorbido; en la mentalidad pluralista, el otro es reconocido. Por otra parte, el encuentro a menudo no se produce desde la igualdad.

En el acto de hospitalidad, sobre todo en la acogida del inmigrante, el encuentro es asimétrico, desprotegido como se encuentra el recién llegado en tierra y lengua extrañas, a merced del país anfitrión, que puede acogerle o no. Que se practique la hospitalidad no depende sólo de las posibilidades materiales y de la generosidad, sino también de los prejuicios que genera el miedo a lo desconocido. La capacidad de acogida de un país es algo que hay que cultivar continuamente, tanto personal como colectivamente, de manera que la difícil alteridad se pueda convertir en camino de fraternidad.

3. La figura del extranjero y el deber de acogerle en el cristianismo

La hospitalidad es un valor esencial en la lógica de Jesús de Nazaret, en su estilo de vida y en el contenido de su predicación. La religión cristiana tiene en la hospitalidad, entendida como acogida incondicional a los seres más necesitados, el gran criterio para juzgar la fidelidad a su inspiración originaria.

La hospitalidad cristiana se nutre y se inspira en la tradición bíblica. En el marco de esta tradición, la hospitalidad puede ser definida como ley, ya que está prevista en los códigos morales y jurídicos del Antiguo Testamento, como práctica, ya que es ejercida por los patriarcas del pueblo de Dios, como tradición, como ritual y como virtud, dado que es un hábito que perfecciona a las personas y los pueblos.

La lógica de Jesús se traduce en una ética del amor que tiene unas características claras y que san Pablo expresa en el *Himno a la caridad* (1 Cor 13). El rasgo más característico de este amor es su universalidad, que se traduce en un amor hacia todo el mundo y en el imperativo de amar, incluso, a los enemigos (Mt 5, 43-46; Lc 6, 27-35; Rom 12, 20-21).

Una traducción explícita de este amor es la estima hacia los forasteros. El propio san Pablo lo expresa a través de un imperativo: "No olvidéis la hospitalidad" (Heb 13, 2). De hecho, a lo largo del Nuevo Testamento, se hace mucho énfasis en el concepto griego de *filoxenia*, que se define como amor al extranjero o al extraño.

La *filoxenia* no consiste únicamente en tolerar al otro, sino en amarle, es decir, en desear su bien. *Xenos*, que significa tanto 'extraño' como 'extranjero', designa tanto al forastero como al inmigrante como al exiliado. Se puede atribuir a todos los seres humanos extranjeros que tienen necesidad de ser acogidos en una tierra extraña.

En diversas parábolas y predicaciones de Jesús, se hace referencia al deber de acoger

a los otros y ofrecerles la casa. El Evangelio de Lucas es especialmente sensible a esta apertura a los otros en el contexto de la comida. Como mínimo en nueve ocasiones se muestra a Jesús hablando con los comensales sobre el Reino de Dios. Jesús come dos veces con miembros de su propia comunidad (Lc 4, 39) y otra vez con sus discípulas Marta y María (Lc 10, 38-42). A pesar del enfado de los fariseos, come dos veces con los recaudadores de impuestos como Leví (Lc 5, 29-32) y Zaqueo (Lc 19, 1-10). Como contrapunto a estas comidas con personas consideradas "pecadoras", Jesús acepta también la hospitalidad de los fariseos como mínimo en tres ocasiones (Lc 7, 36-50; 11, 37; 14, 1 y siguientes).

La filósofa judía, conversa al cristianismo, Edith Stein expresa esta visión cristiana del *xenos* de una manera muy diáfana: "Para los cristianos no existen los hombres extraños. Nuestro prójimo es todo aquel que tenemos delante nuestro y que tiene necesidad de nosotros, y da igual si es nuestro pariente o no, si nos cae bien o nos disgusta, que sea 'moralmente digno' de ayuda o no".

Desde los orígenes del cristianismo, la hospitalidad ha sido un elemento fundamental en la vida de los discípulos de Cristo. De hecho, la práctica de la hospitalidad se detecta ya en las primeras comunidades cristianas y en las primeras formas de monaquismo. Esta hospitalidad ha adoptado nuevos significados y diversas manifestaciones en virtud de los contextos sociales y momentos históricos, pero es un vector esencial del ser cristiano en el mundo.

Lo que parece innegable, según los historiadores del cristianismo primitivo, es que los cristianos ponían efectivamente y de manera habitual sus bienes al servicio de los más necesitados, incluso cediendo sus propiedades para atenderles. En los Hechos de los apóstoles se puede leer: "Vivían juntos y lo tenían todo en común: vendían sus posesiones y bienes y repartían el beneficio entre todos, según la necesidad de cada uno" (Hechos 2, 45). Este texto se tiene que interpretar a la luz de otro: "No tenía sino un corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo a sus bienes, sino que todo lo tenían en común" (Hechos 4, 32).

La tradición de la hospitalidad perduró durante todo el periodo preconstantiniano con la creación de edificios destinados formalmente a la hospedería de los peregrinos, y esta misma tradición se prolongó toda la edad media hasta llegar a la modernidad y a nuestros días.

La hospitalidad también ha estado muy presente en la historia del monaquismo desde los orígenes hasta la actualidad. Un ejemplo visible se puede observar en la propia regla de san Benito de Nursia. En el capítulo 53 de la citada regla, san Benito hace referencia a la atención que hay que dispensar a los huéspedes. San Benito recuerda a los monjes que todos los forasteros tienen que ser recibidos como Cristo. Según la regla, hay que recibir a las personas sin distinción, con cortesía, compartiendo la mesa del abad. "Gran cuidado e interés hace falta demostrar al recibir a la gente pobre y los peregrinos, porque en ellos más particularmente está Cristo." (regla 53, 15).

El imperativo de la hospitalidad de san Benito, que se traduce en las obras de misericordia, ha perpetuado una tradición conocida desde los orígenes del cristianismo, una tradición que posteriormente fue desarrollada por los padres de la Iglesia, Basilio (330-379), Jerónimo (342-420) y Agustín de Hipona (354-430). En la magna obra del autor de las *Confesiones*, el valor de la hospitalidad también ocupa un lugar singular. En el *Sermón* 350, 2-2, relaciona estrechamente el deber de la hospitalidad con la virtud teológica de la caridad: "La caridad es lo que nos da paciencia en las aflicciones,

moderación en la prosperidad, valor en las adversidades, alegría en las buenas obras; ella nos ofrece un refugio seguro en las tentaciones, da generosamente hospitalidad a los desvalidos, alegra el corazón cuando encuentra verdaderamente hermanos". Como en otras confesiones, la religión cristiana está desarrollando en el presente una gran tarea de acogida y protección de los extranjeros e inmigrantes, con la creación de espacios y estructuras para atenderles con cuidado y respeto.

5. Conclusiones: El otro como don

La hospitalidad es, más que una exigencia moral, una actitud espiritual, de atención y de respeto hacia el que es diferente, de respuesta a sus múltiples necesidades, y, a la vez, evoca la voluntad de conocer y de aprender con su presencia. Por esto, el forastero es un don, alguien que tiene que ser tratado siempre y en cualquier lugar como un fin, alguien que nos exige ampliar la mente y el corazón y, a la vez, que nos enseña valores y costumbres que provienen de otras tierras.

Amparados en esta rica tradición religiosa, diversa en sus formas y manifestaciones, reivindicamos el valor de la hospitalidad y consideramos imprescindible articular una pedagogía de la acogida.

Contra las actitudes herméticas o xenófobas, que se amurallan en el miedo y alimentan todo tipo de prejuicios y tópicos, subrayamos la importancia de implementar socialmente una ética de la acogida, una actitud preferentemente solícita hacia las personas más vulnerables. Todo ello exige un profundo cambio de mentalidad que no implica únicamente a las comunidades educativas, sino también a las sociales, económicas, sanitarias y políticas.